

CAPITULO XVI.

1849.

Se confia al coronel Cetina el mando de la expedicion á Bacalar.—Las fuerzas que la componen son hostilizadas por los indios desde su desembarco.—Ocupan la villa despues de algunos combates.—Los bárbaros se retiran, pero vuelven al cabo de pocos dias y la cercan.—Algunos pormenores de este sitio que se prolonga por mucho tiempo.—Combates del 4 y del 29 de Junio.—Tenacidad y arrojo de los sitiadores.—Privaciones y sufrimientos de la guarnicion.—Actividad y energía desplegadas por el coronel Cetina para perseguir á los comerciantes de Belice y á todos los que auxilian á los sublevados.—Ejecucion de D. Vito Pacheco.

Comprenderá el lector que la expedicion á Bacalar solamente podia hacerse por mar y que para llevarla al cabo, el gobierno del Estado necesitaba hacer gastos cuantiosos. Mas adelante tendremos ocasion de hablar de la crítica situacion que en aquellos momentos atravesaba el tesoro público, y de los recursos extraordinarios á que apeló el Sr. Barbachano para cubrir sus numerosas atenciones. Haciéndose casi un milagro pudieron levantarse en Mérida y Campeche, cerca de ochocientos hombres que debian formar la expedicion que se proyectaba, y para

—237—

su traslacion al punto de su destino, se fletó el vapor español *Cetro*, que hacia viajes de la Habana á Sisal para un comercio indigno, de que tambien nos veremos obligados á hablar en otro capítulo. Dióse á esta fuerza el nombre de 7^a Division, y se confió su mando al coronel D. José D. Cetina, quien desde el mes de enero habia bajado del Sur, dejando al coronel Pren encargado de la plaza de Tihosuco.

Toda la Division se trasladó á Sisal en los primeros dias de abril; pero no pudo verificar su embarque sino hasta el 20, en medio de un concurso extraordinario que habia acudido al puerto á presenciar la partida. Componíase este concurso de los funcionarios mas elevados de la administracion pública que creyeron conveniente autorizar el acto con su asistencia, y de las familias y deudos de los que debian partir, quienes, como debe comprenderse, hacian flaquear á los mas animosos con las demostraciones de dolor que se les escapaban. El vapor zarpó á la una y media de la tarde, habiéndole precedido con varios dias de anticipacion el convoy de canoas, que debia servir para el desembarque de la tropa y entrada en el lago de Bacalar.

La expedicion llegó á Cayo Cocina en la tarde del 25; el 26 se trasladó á Cayo Hicaco en las embarcaciones menores, y el 27 toda la gente fué echada á tierra en esta isleta con el objeto de tomar algunas disposiciones preliminares. Allí dividió Cetina su fuerza en dos secciones, confiando la primera al teniente coronel D. Isidro Gonzalez, y la segunda al teniente coronel graduado D. Diego Ongay. La reserva cuyo mando inmediato tomó el mismo Cetina, debia permanecer libre para acudir á donde lo pidiese la necesidad y ocupar el pailebot de guerra "*Titan*," del cual era piloto el marino campechano D. Juan Pablo Celarain.

Tomadas estas disposiciones, la division volvió á embarcarse en la tarde del mismo dia 27: el 28 alcanzó la barra de San Antonio, en donde Cetina se detuvo para tomar algunos informes sobre Bacalar, y pocas horas despues, volvía á detenerse en el rancho Santa Elena con el objeto de preparar ya las operaciones de la expedicion, porque se había llegado al terreno ocupado por los bárbaros. La segunda seccion fué desembarcada allí para que operase por tierra, segun las instrucciones que fueron comunicadas á su comandante Ongay, y habiéndose empleado en esta ocupacion una gran parte de la noche, al rayar el alba del dia 29, toda la division volvió á ponerse en movimiento. La primera seccion que continuaba haciendo el viaje por agua, iba á nivel de la que marchaba por tierra, con el objeto de prestarse mútua proteccion. Era ya tiempo de tomar estas precauciones, porque los indios embistieron por la primera vez á la expedicion en un rancho llamado *Tasajo*, donde estaban emboscadas. Detúvose la flotilla para repeler la agresion, y en ménos de un cuarto de hora de combate, los bárbaros apelaron á la fuga, dejando señalado el campo con varios rastros de sangre. El valiente capitán americano Beresford, que llevaba la vanguardia de la primera seccion, perdió la existencia en este primer encuentro con el enemigo.

Cetina hizo explorar el campo en seguida, y no habiéndose encontrado nada que llamase la atencion, se continuó el viaje hasta el rancho Chac, en donde el *Titan* y otras dos embarcaciones tuvieron necesidad de detenerse, porque su calado no les permitía navegar por los esteros. Los indios, que á juzgar por sus precauciones, habían previsto con tiempo la expedicion de que nos venimos ocupando, habían obstruido estos esteros, arrojando al agua una multitud de piedras y otros objetos que embarazasen la navegacion. Cetina se vió en la necesidad de

échar al agua á sus soldados para que extrajesen estos obstáculos y arrastrasen las canoas; y como ámbas operaciones demandaban tiempo, al cabo de dos dias solo habían entrado en la laguna de Bacalar siete embarcaciones pequeñas, conduciendo 150 hombres de la seccion de Gonzalez.

Entretanto la seccion de tierra se había situado al sur de Bacalar desde la mañana del 1º de mayo, y hostilizada fuertemente por los bárbaros que defendían la villa, se estuvo batiendo todo el dia y una gran parte de la noche. El teniente coronel Ongay fué gravemente herido en este combate, y entónces se hizo cargo de la seccion el mayor general D. Angel Rosado, por disposicion del mismo jefe de la division á quien se pudo dar cuenta del incidente.

En la madrugada del 2 el coronel Cetina se propuso dar el ataque general, con cuyo objeto hizo desembarcar la gente que había llegado á la laguna, y puesta á las órdenes del teniente coronel Gonzalez, tomó la direccion necesaria para operar por el norte de la villa. La flotilla se conservó en su puesto con el objeto de atacar por el frente. A las nueve y media de la mañana, todas las secciones tenían ya ocupado el lugar que se les había señalado y comenzó el ataque. Los indios se defendieron al principio con valor; pero los agresores calaron bayonetas y se arrojaron con impavidez sobre los atrincheramientos. Al cabo de media hora, todo había terminado: la villa de Bacalar se hallaba en poder de las tropas del gobierno (1).

Los principales edificios de la poblacion, con inclusion de la fortaleza, se conservaban intactos. En varios de ellos se encontró una regular cantidad de víveres, y como la expedicion había traído consigo otras provisiones que el vapor *Cetro* compró en Nueva Orleans, Cetina pudo

(1) Nota oficial del coronel Cetina, publicada en el número 314 del Boletín oficial.

déscansar tranquilo, al ménos por algun tiempo, bajo este respecto. Dedicóse entónces á fortificar la villa, y con este objeto mandó construir de pronto diez y seis trincheras, de un extremo á otro de la laguna. No le faltó gente para cubrir todos estos puestos, porque mas de cien bacalareños con sus familias, vinieron á presentársele en los primeros días de mayo, solicitando un puesto entre sus filas.

Los indios que huyeron de Bacalar, no tardaron en dar noticia de su derrota á Jacinto Pat, quien desde su rancho Tábi dirigía las operaciones del sur. El caudillo dictó inmediatamente las órdenes necesarias para levantar fuerzas en todas las regiones de la península, que aun se conservaban bajo su dependencia, y fué tanta la prisa que sus subalternos se dieron para ejecutar este mandato, que en la mañana del 14 de mayo, ántes de que el sol se presentase en el horizonte, mas de cuatro mil indios se encontraban á la vista de Bacalar, colocando su línea de fortificaciones frente á las de la plaza. Los defensores de la villa rompieron un fuego vivo y nutrido sobre los agresores; pero como éstos habían adelantado una gran parte de sus trabajos durante la noche, no solo conservaron sus posiciones, sino que avanzaron hasta cuarenta pasos de distancia, introduciéndose en las casas de mampostería y de ripio, que habían quedado fuera de la línea, y horadándolas para dirigir sus tiros. Cetina hizo destruir estas casas con las piezas de artillería de mayor calibre que tenía consigo, y los indios se retiraron entónces á sus posiciones á continuar el combate. Duró este todo el día y una gran parte de la noche, y en la mañana del 15, los indios que habían retirado unas 200 varas su línea para dormir con tranquilidad, volvieron á aproximarla como el día anterior, bajo los tiros incesantes de la plaza (2).

(2) Boletín oficial, número 327.

Desde este momento quedó establecido el asedio de Bacalar, sin que hiciese desistir á los indios de su propósito la ventaja que sobre ellos tenía la plaza, por las piezas de artillería de que estaba dotada, y las cuales hacían frecuentes disparos, así de día como de noche. José María Zuc era el jefe principal de los agresores (3) y parecía resuelto á cumplir las órdenes que le había comunicado Jacinto Pat de hacer desocupar á los blancos aquella plaza, que era tan necesaria á los sublevados para su comercio con Belice. Diariamente se trababan combates entre sitiados y sitiadores, y en el día 31 de mayo el arrojamiento de los primeros llegó á tal extremo, que despues de haber cargado con calor por la parte del Oeste y del Sur, salieron de sus atrincheramientos y avanzaron á pecho descubierto sobre los de la plaza. Pero no tardaron en retirarse, arrastrando en pos de sí los despojos sangrientos de sus compañeros, que habían sido víctimas de este acto de audacia (4).

Los indios no se limitaron en sus operaciones á la villa de Bacalar. También atacaron el 28 á Chac, en cuyo punto había dejado Cetina una guarnicion de cincuenta hombres, protegida por el pailebot de guerra "Titan." Esta guarnicion se defendió bizarramente en el reducto que había formado, y como la embarcacion dirigía al mismo tiempo tiros certeros de artillería sobre los asaltantes, éstos fueron al fin dispersados y perseguidos hasta larga distancia. El teniente coronel Gonzalez visitó pocos días despues el punto con 150 hombres de su seccion, y habiendo hecho recorrer las inmediaciones, fueron batidas y dispersadas algunas partidas de indios, que se ocu-

(3) Un indio que cayó prisionero mas tarde, declaró sin embargo que los sitiadores estaban acaudillados, ó dirigidos al ménos, por un blanco extranjero y por un negro inglés, llamado Yatch.

(4) Los pormenores que desde este momento comenzamos á consignar, están tomados de un diario escrito por el mismo Jefe de la Division, D. José D. Cetina, y el cual fué publicado en varios números del Boletín citado.

paban en obstruir los esteros. Los ranchos Tasajo y Patiño, que ordinariamente servían de guarida á los bárbaros, fueron reducidos á cenizas por nuestras tropas.

El 4 de junio Cetina quiso hacer un esfuerzo para ver si obligaba á los indios á levantar el sitio de la villa. A las diez de la mañana seis guerrillas salieron de la línea, y á fin de dejarles libre el paso por donde debían flanquear, se hizo previamente un vivo fuego de artillería desde la plaza. En seguida, y en el momento en que se creyó conveniente, otras fuerzas salieron de las trincheras y se arrojaron sobre las de los bárbaros con tanto ímpetu, que los arrollaron completamente y los obligaron á emprender la fuga. Los vencedores no se detuvieron y persiguieron al enemigo hasta media legua de distancia, quitándoles una porción de atrincheramientos que embarazaban el tránsito. Entónces las pocas fuerzas que quedaban en la plaza, salieron de su recinto y destruyeron completamente todas las fortificaciones del enemigo, sin respetar ni las casas de paja en que se abrigaba, las cuales fueron entregadas á las llamas. Pero los indios, con esa tenacidad característica de su raza, volvieron á hostilizar la plaza en los dias subsecuentes, y muy pronto dejaron realzados sus atrincheramientos en la misma línea que se habían empeñado en conservar.

Desde entónces los combates se renovaron con mas ardor y vehemencia que en el mes anterior. Sitiados y sitiadores solo descansaban generalmente durante los grandes aguaceros que en el verano caen con abundancia en aquella region. Los indios escogían muchas veces las horas mas avanzadas de la noche para sus ataques y sorpresas. Cuando todo parecía dormido en ámbos campamentos, los sitiadores salían cautelosamente de su línea, y como su desnudez no permitía que fuesen descubiertos en las tinieblas, tenían la audacia de llegar hasta el pie de

las trincheras de la plaza para tapar con piedras sus arpilleras. Otras veces verificaban estas salidas á la claridad que ellos mismos se procuraban, incendiando sus barracas, y en ámbos casos se empeñaba un rudo combate en que la plaza solía perder momentáneamente alguna de sus trincheras. Los bárbaros acababan siempre por huir, dejando regado de cadáveres y de sangre, el espacio que separaba á los dos campamentos.

El 29 de junio tuvo lugar uno de los episodios mas sangrientos de aquel sitio memorable. Pero en lugar de referirlo nosotros, vamos á ceder la palabra al mismo coronel Cetina, el cual consigna este hecho en su diario con la sencillez y la concision de que vá á juzgar el lector. "A las cuatro de la mañana se oyó un toque de generala por la parte del norte y á poco tiempo cargaron los indios en grandes masas sobre nuestra línea, llegando hasta á derribar las trincheras sobre la tropa que las defiende. En este golpe en que los indios observaron la mayor rapidez, se sostuvieron con inaudito valor los números 1, 2 y 3; el 4 y el 5 cedieron; el 6 y los demás de la línea se sostuvieron tambien. En aquel momento marché con tres guerrillas á contener el avance de los indios, dándoles frente á una cuadra de la línea de que ya eran dueños por la parte interior, y se agolpaban en grandes masas, arrojándose sucesivamente sobre el 3 y el 6, para poseer mayor extension de terreno. Aquel momento fué el de una batalla abierta y general, viéndose los hombres confundidos entre el fuego, el humo y las balas, hasta que fué preciso apelar al último recurso, al de atacar á la bayoneta, en cuyo trance marchó á la cabeza de 25 hombres escogidos y apoyados en toda la línea de combate, el valiente capitán Samper, que se arrojó sobre las masas enemigas á fuego y bayoneta con tanta velocidad, que en cinco minutos se había ya recuperado toda la línea. El campo quedó

lleno de cadáveres y anegado en sangre, pues la pérdida de los indios fué de mucha consideracion, siendo la nuestra la de 11 muertos y 45 heridos, entre ellos el denodado mayor general D. Angel Rosado, por cinco balazos (5). El combate duró tres horas y media, en que se consumió una considerable cantidad de parque, así de infantería como de artillería. Despues de esta accion, en que nuestras tropas alcanzaron el triunfo mas completo y glorioso, haciendo correr á los indios mas allá de su línea, no ocurrió otra novedad."

Las pérdidas que los indios experimentaron en esta sangrienta jornada, no bastaron para hacerles desistir de su propósito. Todavía se conservaron en sus posiciones y siguieron con calor sus hostilidades. Algunas veces aprovechaban las tinieblas de la noche para desaparecer; pero dos ó tres dias despues volvían á presentarse, armando un estruendo salvaje y acometiendo con su acostumbrada audacia á los sitiados. Durante estas desapariciones momentáneas, Cetina hacía explorar los alrededores, y sus fuerzas se encontraban siempre con emboscadas del enemigo que crudamente las hostilizaban.

La guarnicion de la plaza comenzaba entretanto á luchar con otro género de dificultades. La insalubridad de aquella region pantanosa, aumentada con los calores del verano y las lluvias de la estacion, se había cebado cruelmente en los expedicionarios. Mas de doscientos enfermos yacían tendidos en el hospital, al cuidado de un solo médico que tambien llegó á enfermarse, y privados de los elementos mas necesarios para su curacion. Si á éstos se añaden los no pocos que habían sucumbido en los combates con los indios, y á los que aun no sanaban de sus heridas, se comprenderá sin duda que el número de los

(5) Este distinguido militar, falleció algunos dias despues á consecuencia de sus heridas.

hombres útiles para la guerra se había disminuido considerablemente. Esto hacía que los rudos trabajos de la campaña pesasen sin descanso sobre los sanos, porque además de los puestos que había necesidad de cubrir en la línea y en la fortaleza, había una guarnicion de cincuenta hombres en Chac, y otros cincuenta se hallaban generalmente navegando en la embarcacion que surcaba los esteros, para impedir que fuesen obstruidos por los indios.

No era esto todo. Las provisiones de boca comenzaron á escasear al cabo de tres meses, porque no solamente vivieron de ella los militares, sino tambien las familias que vinieron á la villa despues de su recuperacion. El coronel Cetina pidió víveres á Belice, y como no pudieron conseguirse tan pronto como se necesitaban, se vió en la necesidad de sujetar por algun tiempo á un solo rancho á la tropa. Los pobres soldados saciaban algunas veces el hambre que les devoraba, con cogollos de palma y con carnes de animales inmundos.

Tantas penalidades y miserias comenzaron á abatir los ánimos y á provocar deserciones. ¿Cómo podian verificarse estas últimas en una plaza incrustada en el campo de los sublevados, y rodeada de lagunas, pantanos y todo género de inconvenientes? Con muchos peligros sin duda; pero los soldados—y especialmente los bacalareños que conocian el terreno—preferian arrostrarlos todos á luchar con el hambre, con la desnudez, con las enfermedades y con los indios. Cetina fusilaba sin misericordia al que era aprehendido en fragante delito, y aun se le acusa de haber ocurrido á medios repugnantes para corregir la desercion por medio del terror. Cuéntase en efecto que un dia, puestos los soldados en formacion frente á la comandancia, un oficial les dijo por órden de aquel jefe que el que quisiera retirarse de Bacalar, diera dos pasos al frente. Cinco ó seis desgraciados que cayeron en el

lazo, saliendo de las filas, fueron fusilados en el acto (6).

Pero si la conducta del coronel Cetina merece ser reprobada por este acto de inhumanidad, es en cambio digna de elogio por la constancia, el valor y la energía, que supo desplegar en aquella campaña memorable. No es ménos recomendable ciertamente por las obras que emprendió para hacer de Bacalar una plaza inaccesible á los indios. Mandó levantar una sólida muralla, que ciñese á la villa por la parte de tierra, y la dotó de los baluartes necesarios para que pudiesen cruzarse los fuegos de artillería. Tenia en su division los albañiles, carpinteros y demás operarios que se necesitaban para llevar al cabo esta empresa, y tal fué la prisa que se dió, que á fines de octubre ó principios de noviembre estaba ya terminada la obra. Tambien mandó practicar un extenso desmonte al rededor de la villa, y para que todos estos trabajos pudiesen ejecutarse sin grave riesgo de los operarios, los soldados que no se ocupaban en ellos salian á batir diariamente á los sitiadores en las primeras horas de la mañana, con el objeto de ahuyentarlos.

Entretanto el principal objeto con que se habia emprendido la campaña de Bacalar, no se habia logrado del todo. Los habitantes de Belice seguian proporcionando pertrechos de guerra á los sublevados, en cambio de varios productos naturales de la tierra y de otros objetos que robaban en la campaña. Los últimos habian establecido en la bahía de la Ascension un rancho de pesquería; y así á este establecimiento, como á otros puntos de la costa y á las orillas del Rio Hondo, los ingleses acudian con frecuencia para seguir con los indios aquel tráfico ilegal, que les proporcionaba fuertes ganancias (7). Cetina los perseguia hasta donde lo permitian sus recur-

(6) Baqueiro, *Ensayo histórico*, tomo II capítulo IV.

(7) Boletín oficial, 2.ª época, número 59.

sos, y algunas veces con éxito. El 13 de setiembre fué aprehendido en Chac el pailebot inglés *Cuatro Hermanas*, que conducía varios pertrechos de guerra á los indios, bajo el cuidado de Faustino Kí, comisionado de Jacinto Pat. William Longsworth, dos marineros ingleses y el comisionado indio fueron conducidos á la plaza de Bacalar, donde se les siguió un juicio, que sirvió despues para acreditar ante el gobierno británico el comercio de que venimos hablando.

Pero la vigilancia de Cetina no se limitaba solamente á los habitantes de Belice. Ejercíala tambien sobre cualesquiera otras personas que excitaban sus sospechas, y era inexorable para castigarlas cuando descubría que estaban en connivencia con los sublevados. Sirva de ejemplo el siguiente:

El teniente coronel D. Vito Pacheco, de quien varias veces hemos hablado en el discurso de esta historia, se habia retirado á la costa oriental del Estado cuando D. Miguel Barbachano se hizo cargo del gobierno en marzo del año anterior, por el temor de ser perseguido como *mendisista*. Allí le confiaron el mando de una fuerza los antiguos habitantes de Bacalar que estaban empeñados en recobrar esta villa del poder de los indios. Pacheco batió con algun éxito á los sublevados, aunque dejó la reputacion de haberles vendido en cierta ocasion varios pertrechos de guerra. Con estos antecedentes se presentó á Cetina á mediados de 1849; y aunque este jefe aceptó sus servicios y lo empleó en cosechar las sementeras que se hallaban á las inmediaciones de la poblacion, le colocó un espía en la fuerza que le confió con este objeto. Pacheco salió á su expedicion; pero pocos dias despues fué denunciado de traicion, porque se aseguró que vendía á los indios los maices que cosechaba. Cetina le mandó prender, y conducido de nuevo á Bacalar, fué fusilado en la fortaleza,

después de un juicio sumarísimo que le siguió un consejo de guerra.

D. Vito Pacheco había tenido siempre marcadas simpatías en favor de los indios. El fué uno de los que los acaudillaron en 1840 para derrocar el centralismo: en 1842 también los tuvo á sus órdenes para repeler la invasión mexicana; y por último, él acompañó á Trujeque á Culmápic, cuando fueron á prender á Jacinto Pat de orden del gobierno: prision que no se verificó por causas que realmente desconoce la historia. Es verdad que luego que estalló la insurrección indígena, batió ostensiblemente á los sublevados; pero nunca logró alejar de sí la sospecha de que favorecía cuanto le era posible, á sus antiguos compañeros de armas.

Que hay de verdad en esto? Carecemos de datos auténticos para averiguarlo. Se asegura sin embargo que Pacheco confesó en el patíbulo el crimen de que se le acusaba, invocando por única disculpa la necesidad en que se había visto de proporcionar un pan á su familia. Se añade también que repitió esto mismo á sus dos hijos, á quienes mandó llamar cuando estaba en capilla, y á quienes exhortó á dedicarse al trabajo para no verse arrastrados algún día á seguir su ejemplo (8).

(8) Baqueiro, *ubi supra*.



CAPITULO XVII.

1849.

Estado que guardaba la campaña en el oriente.—En el sur, continúan los sitios de Sabán y Tihosuco.—Exito desgraciado de dos expediciones á Map y Tituc.—Operaciones que emprenden los indios después de su triunfo.—Se organizan nuevas fuerzas en el distrito de Campeche para recobrar el partido de los Chenes.—Se confía su mando al coronel Trujillo y al teniente coronel Baqueiro.—Ventajas que obtienen sobre el enemigo.—Rencillas y divisiones en el campo de los sublevados.—Asesinato de Cecilio Chí y Jacinto Pat.—Nuevo aspecto que toma la guerra con este motivo.

Apartemos ahora por un instante nuestra vista de Balear para hacer un rápido exámen del estado que guardaba la campaña en los demás puntos de la península. En el oriente y en la costa, donde operaban la 4ª y la 5ª División, seguía observándose el mismo sistema de que anteriormente hemos dado cuenta al lector. Frecuentemente salían de los cantones establecidos expediciones más ó ménos numerosas, que cada día se remontaban más dentro del campo enemigo y que generalmente volvían cargadas de botín y de prisioneros. También solían traer indios que se les presentaban voluntariamente con sus res-